



El disparo  
de argón

Juan Villoro

Antonio Suárez, discípulo imaginario del célebre oftalmólogo catalán Barraquer, funda en México un hospital de ojos. Suárez es un hombre dominado por los signos: ver tiene para él un sentido clínico y otro esotérico. Sin embargo, la visión de Suárez ocurre en la ciudad más poblada del mundo y es redefinida por ella. *El disparo de argón* se abre a distintas lecturas: la intriga en un hospital y el acoso de una ciudad a punto de perder su rostro; la difícil búsqueda de un amor; la cirugía en un mundo regido por supersticiones y azares profundos; la indagación sobre la enfermedad y la mirada; el cumplimiento de una conjura hermética. Metáfora sobre México, *El disparo de argón* es, también, una invención original: la trama avanza, animada por un rigor secreto, y se anuda con tensión de *thriller* hasta llegar a la luz inevitable, el «disparo» óptico al que alude el título de la novela.

## Índice de contenido

Cubierta

El disparo de argón

[Capítulo único]

Sobre el autor

---

*A Déborah*

---

---

*El ojo que ve la luz pura juzga  
que no ve nada*

San Buenaventura

---

Un invierno lejano, cuando aún se podían ver los volcanes desde Ciudad Universitaria, el doctor Antonio Suárez interrumpió su lección de oftalmología para contar una historia que no logré olvidar:

Un hombre recorre el desierto y al cabo de días infinitos encuentra un objeto brillante en la arena. Es un espejo. Lo recoge y al verse reflejado, dice: «Perdone, no sabía que tenía dueño».

---

Era de mañana, pero no de día. Un cielo cerrado, artificial. Las cosas aún no ganaban su espesura; intuí a la bailarina en el escaparate, la zapatilla rosácea apuntando hacia el cristal, las pestañas sedosas, los párpados bajos, ajenos a las sombras de la calle. Normalmente, lo primero que veo en San Lorenzo es una explosión de rótulos, cables de luz, ropas encendidas en rojo, verde, anaranjado. Ahora el cielo aplastaba las casas de dos pisos; las azoteas eran miradores a una catástrofe negra y segura.

Y sin embargo la vida seguía como si nada: un voceador se calentaba las manos en la nube de un anafre, un gendarme escupía despacio en una alcantarilla, un afilador ofrecía su piedra giratoria soplando un silbato de aire algodonoso, gastado. El olor de siempre, a basura fresca, como si por aquí hubiera un muelle, una orilla para ver el agua; respiré con ganas: un efluvio de mercado recién puesto que en unas horas olería a mierda, carbón, venenos químicos. ¿Cuánto falta para que nos desplomemos sintiendo una moneda amarga en la boca? Poco, muy poco, según el neumólogo que impartió un curso de terror en la clínica. Aunque el dato más alarmante fue su cara (una dermatitis casi teatral, de pesadilla nuclear), soltó suficiente información para convencernos de que es un agravio médico respirar este aire. Por enésima vez me pregunté qué me retiene en la ciudad. ¿Será la cultura del aguante tan propagada por mi padre, ese gusto por la resistencia inútil? Desde que tengo uso de razón he oído discursos sobre los valientes que le sonrían a la metralla y se desbarrancan gustosos en

cañadas. Mi padre enseña Historia en escuelas secundarias con nombres de célebres derrotas (Héroes de Churubusco, Mártires Irlandeses, Defensores de Chapultepec) y vive para enaltecer momentos de resistencia sin visos de triunfo: el pasado es un fantástico desastre, una épica con geniales maneras de morir. Tal vez elegí la medicina como una forma secreta de compensar las heridas, la sangre caliente, deliciosa, que atraviesa sus conversaciones.

De cualquier forma, mi padre no hace sino otorgarle prestigio histórico a una tradición profunda; que yo sepa, no hay otro pueblo más propenso a infligirse molestias, a soportar una golpiza sin pedir perdón, a comer suficiente picante para perforar el duodeno, a beber los seis litros de pulque que duermen la lengua, a tener aguante. En mis noches en la Cruz Verde encontré a más de un acuchillado que me pidió que lo cosiera sin anestesia: «A valor mexicano».

Justo en ese momento pasé junto a un tablón en la aceña que ofrecía artesanías. A pesar de la oscuridad distinguí las espirales de barro que imitaban excrementos; en un alarde de realismo, el alfarero había colocado semillas, aquello era el saldo de una indigestión de chile. Pensé en los dibujos de excrementos en los códices aztecas que tanto le interesan al Maestro Antonio Suárez: los pecados de una cosmogonía cuyo infierno es la vida.

Me detuve en esa mañana sin día. ¿Qué me hace respirar el aire minuciosamente inventariado por el neumólogo? Nada. Una inmovilidad mediocre como una intramitable condena burocrática. ¿Adónde puedo irme? ¿A la playa que me obligaría a un, lirismo avasallante? Los paraísos reclaman médicos generales: ante tanta salmonelosis, ¿quién piensa en cirugías refractivas? Entonces mi estado de ánimo, que depende de las nubes más de lo que quisiera admitir, cambió por completo: unos papeles flotaron en el aire como manchas cremosas, un trolebús naranja sesgó el tráfico, los tiestos de un balcón palidieron en un verde lima y



al fondo, muy al fondo, un perro gris vibró como un charco vacilante. «Tenemos luz, tenemos», decía Antonio Suárez al extraer una catarata. «Tenemos luz», pensé al recibir el sol y las miradas de los vecinos que veían mi bata como si se impusiera por sí misma, como si algo mejorara con un médico caminando entre las primeras luces y el vapor de los elotes.

Filatelistas es una diagonal llena de tiendas. Número 34: la Clínica Suárez. Un par de cuadras más.

Era jueves de tianguis y una voz ultranasal clamaba:

—¡Cómo vendo y cómo me divierto!

Pasé bajo los toldos bugambilia. Una mujer que parecía llevar en su cabeza el pelo de seis personas me dijo «güerito» para que probara sus plátanos dominicos. Excelentes.

Tal vez el cansancio, el aire envenenado, los muchos pasos aflojaron mis reflejos; el caso es que vi el accidente con la impávida curiosidad de quien observa un truco de barajas: el ciclista fue arrollado frente a la tienda de cristales y tuve la extraña impresión de que moría en la calle y se salvaba en un espejo; el cuerpo saltó en una cabriola descompuesta y su imagen entró sin pérdida a la cristalería.

Un titán de pelo compacto (una especie de casco capilar) que ofrecía el *Esto* y bolsas con libros color aceituna, se dirigió al lugar del accidente y zafó la bicicleta de la defensa: los rayos giraron con muchas cuentas de plástico. La dueña del coche tenía las manos crispadas sobre el rostro, alguien le abrió la puerta, bajó a ver al atropellado.

De pronto sentí que me abrían paso. «La bata blanca». Me agaché en la sombra improvisada por los curiosos; me sorprendió sentir el pulso en la muñeca, esperaba encontrar a alguien «bastante muerto», como dice uno de nuestros camilleros. El cuerpo no mostraba siquiera un raspón pero debía tener fracturas bajo el jersey azul y oro. Vi el empuje de la mujer, suave, curvo; estuve a punto de tocarlo, pero me incorporé y encontré un rostro escurrido de *rimmel*.

—Voy por una camilla —dije.

Lupe, el conserje de la clínica, es un hombre reducido a oreja. No hace otra cosa que escuchar su radio de transistores y cerrar el edificio en las noches.

—Hoy vamos contra el Betis —me ofreció una sonrisa café.

En algún momento equivocado le comenté que mi equipo era el Atlante y aquilató la información en tal forma que me mantiene al corriente de los avatares de Hugo Sánchez en España y cada tercer día me explica que tiene los dientes cafés porque el agua de San Felipe Xotepec es canija.

Los camilleros viven para no salir a la calle. Hace unas semanas un atropellado murió antes de que acabaran de discutir sobre la pertinencia de abandonar la clínica. El doctor Ugalde, nuestro subdirector, bajó desde el cuarto piso y les recordó el juramento hipocrático (que no han prestado). Los camilleros le mostraron un ejemplar de la Ley Federal del Trabajo asombrosamente leído donde una maraña jurídica los libra de ocuparse de asuntos de vida o muerte.

Cuando entré a Urgencias lo único vital era impedir que se ahorcara la *mula* de seis. Los camilleros jugaban contra los sastres de *La Distinción* (uno de ellos sólo se concentra si tiene alfileres en la boca).

—No hay fijón —el camillero mayor ahuyentó las migajas de galleta que tenía en el pecho y sólo se levantó cuando supo que su compañero estaba *firme*. El sastre escupió un alfiler sobre las fichas.

La mujer acompañó la camilla hasta la entrada de la clínica. Casi se desmayó al ver la fachada con un mensaje poco confortante: CLÍNICA DE OJOS ANTONIO SUÁREZ. Me miró angustiada: ¿no íbamos a salvar a su víctima con un examen de la vista?!

—También operamos —dije, y esto pareció tranquilizarla.

El voceador dejó la bicicleta junto al banquillo de Lupe. Le compré un ejemplar del *Esto* para el conserje y un clási-

co en bolsa de hule que resultó ser *El camino de la mente hacia Dios*.

Ya arriba hojeé el libro y el pulgar me quedó gris. Nuestro director no ha hecho el menor comentario sobre los clásicos semanales, y lo más probable es que ignore su existencia, pero los adquirimos con un furor que no siempre tiene que ver con la lectura; durante años hemos oído al Maestro hablar de los genios que ahora amanecen en manos del voceador. En nuestras repisas crece un segmento de libros verde oliva que al menos visualmente nos acerca a Antonio Suárez.

Salí en camiseta de los vestidores y una mano anónima me amarró la filipina. Tardísimo para la operación. Me incliné, la respiración entrecortada, sobre el cuerpo a mi disposición. El campo había sido preparado en exceso, el yodo llegaba hasta la sien opuesta. Cinco minutos más y alguien se habría hecho cargo de mi paciente. Puse las manos en el visor del microscopio y aguardé un momento, lo necesario para pensar que ese paciente no era el mío. Estuve a punto de revisar la muñequera de tela adhesiva; si no lo hice fue porque ignoraba el nombre correcto. Ajusté el microscopio: un caso idéntico al mío, ¿pero era el mío? Cuando la enfermera (¿Lupita?) me tendió el ocutomo lo tomé con cautela; el metal brillaba bajo la luz neón, un filamento superpulido, tal vez contaminado. Mis veinte minutos de retraso bastaban para colocar en la plancha un cuerpo con severa condición cardíaca, para infectar el instrumental, para ponerme en estado de alerta total. Me separé del visor y vi, en una cercanía deforme, los cinco pares de ojos que me veían sudar, los uniformes frescos, la respiración acompasada de la enfermera (sus pechos oscilaban suavemente). La madre Carmen buscó una ocupación y limpió con minucia innecesaria unas tijeras. Tal vez era el momento de arrancarme el tapabocas y gritar que estaba harto de esos cuidados exce-

sivos, harto de la rebuscada eficiencia de los últimos días, tan parecida a una conspiración.

Alguien con más carácter se habría dejado llevar por un arrebató histérico, pero yo no; me contuve, realicé una operación normal (un caso sin complicaciones, al fin y al cabo) y luego me di un baño que acabó por preocuparme de otro modo. A los treinta y seis años la grasa empieza a cobrar su cuota; enjaboné un vientre desagradable; con ropas, me olvido de la carne cansada, que no llega a la gordura, pero que al recibir el agua o ser frotada por la toalla me recuerda mi vida sin squash, sin riesgos, sin decisiones que me consuman como una llama fría, sin complicadas alternancias eróticas. A fin de cuentas tal vez me convenga la tensión que envenena los quirófanos; cien mañanas como ésta y estaré en forma. Me vestí y a la altura del cinturón (un orificio negociado con esfuerzo) pensé en la situación de la clínica. No hay jefe de Retina y hasta los que no tenemos mayor interés en el puesto hemos caído en una rabiosa competencia. El asunto se debería haber liquidado hace ya varias semanas, pero el Maestro Antonio Suárez ha estado fuera de la clínica. La verdad sea dicha, no sé qué espera, ¿que los escalpelos se encajen con filo renovado hasta que sobreviva un primer espada? En el fondo, una sincera carnicería nos vendría mejor que esta sorda manera de cumplir *en contra* de los demás: la impecable cauterización del doctor Ferrán es un agravio al doctor Solís, no hay forma de hacer algo bien sin joder al de al lado. Nos observan, nos estudian, los ojos roturados en las paredes vigilan nuestros actos, a tal grado que hasta los menos factibles empezamos a sentirnos candidatos. Hace dos meses era obvio que nombrarían a Ferrán; ahora nada sería más ilógico que una solución «obvia». ¿Cuál es el juego de Suárez? ¿Quiere que nos sintamos incluidos por igual para activar nuestras reservas de entusiasmo, intriga y ambición? Si es así, lo ha logrado. Nunca estuvimos tan comprometidos con la clínica y nunca nos odiamos más. Incluso Ferrán, un

hombre de unos sesenta años, vive al borde del colapso. Su capacidad de resentimiento no tiene límites: para él, cada día en la clínica ha sido una vejación, un desconocer su excepcional estatura; sin embargo, compite por el puesto como si creyera en la imparcialidad de la elección. Tal vez lo hace para quejarse con más rencor cuando el elegido sea otro.

La jefatura de Retina comporta pocas satisfacciones, pero Suárez la ha hecho interesante con tantos titubeos. Ugalde, el subdirector, dice que esperemos y nos da oficiosos apretones de manos. Pero la posposición ya alcanza un grado monomaniaco. ¿Le habrá pasado algo a Suárez? Hasta hace poco nadie se ocupaba de su ausencia; a fin de cuentas sus horarios nunca han sido los nuestros; le gusta asumir como un capitán oculto en su camarote: la tripulación nunca ve al hombre que define la derrota de la nave. Ahora su presencia es necesaria para resolver algo tangible, urgente: ¿quién de nosotros empacará sus cosas para subir al cuarto piso?

Regresé al consultorio y vi el libro recién comprado. Increíble que ya tuviera una película de polvo. Entonces, por un segundo, se atravesaron dos imágenes: Suárez y el puesto de revistas. Me di cuenta de algo que tal vez había notado sin darle importancia: hace semanas, tal vez meses, que Suárez no aparece en la prensa. Esto podría ser irrelevante en otros casos, no en el de él. Durante décadas ha asistido con excesiva prontitud a todas las rondas de la celebridad; es fotografiado en banquetes y celebraciones que nada tienen que ver con la oftalmología, se ha convertido en algo así como el médico por antonomasia, es El Doctor que los grandes desean tener al lado. Sí, algo estaba fuera de foco; que Suárez se mantenga lejos de sus colegas es normal, al fin y al cabo parte de su atractivo se debe a no estar del todo disponible, a convertir su presencia en un raro privilegio, pero su renuncia a la celebridad, a los festejos mundanos que le han dado una notable influencia, introdu-

ce un nuevo elemento: en verdad está fuera de alcance, Antonio Suárez se ha borrado, no sólo para nosotros, sino para las cámaras que siempre le parecieron preferibles.

Se comprenderá, entonces, el susto que pasé en El Emanado. Iba por el pasillo hacia la sala de rayos láser cuando llegué a un tramo oscuro; los focos se habían fundido y las paredes de mármol negro creaban una cámara mortuoria. Caminé despacio, aunque no había nadie por ahí; se trata de una de las zonas quietas de la clínica. El Emanado es un pasillo selectivo que admite a pocos pacientes y a unos cuantos médicos. Entonces oí unos pasos, distinguí un cuerpo en la penumbra y me detuve maquinalmente. Me recargué contra la pared helada; contuve la respiración. Lo que vi me hizo sentir una fuerte presión en el abdomen. El otro cuerpo avanzó hasta llegar a una flecha incandescente y pude ver al Maestro que apoyaba un dedo —un dedo larguísimo— sobre una bitácora. Durante unos segundos buscó un dato importante; su silueta alta y nerviosa estaba de espaldas a mí, de modo que me concentré en el pelo blanco, echado hacia atrás a la manera de un director de orquesta. Luego solté la respiración y esto bastó para que el otro se volviera. No pude ver su rostro. Me acerqué, con un andar inseguro, como cuando era practicante en la Planta Baja (las raras visitas del Maestro tenían el peso de la leyenda; lo recibíamos con una admirada estupidez, como si fuera alguien llegado del otro lado del tiempo). Las rodillas me temblaron al acercarme a la cabellera blanca, que bajo la flecha cobraba una iridiscencia eléctrica. Cuando al fin distinguí sus facciones supe que me había acercado lo suficiente para intercambiar el olor de nuestros alientos. Encontré un rostro más asombrado que el mío. Hay caras verdaderamente infelices y ésta era una de ellas; las facciones eran desagradables pero hubiera sido un elogio encontrarles un sesgo maligno; no, aquella nariz insulsa era incapaz de cualquier decisión propia, así fuera negativa. Sólo la oscuridad y mi ardiente paranoia pu-

dieron confundirme de tal modo. Era un proveedor que por alguna razón se había puesto una bata.

—Perdón —dije, después de escrutarlo en forma insultante.

—No hay cuidado —contestó, con alivio de no estar ante un demente.

No sé qué le hubiera dicho al Maestro. Lo cierto es que ese rostro anodino, intercambiable, renovó mi ímpetu: volví sobre mis pasos, llegué al cruce con El Inactivo, caminé deprisa, dispuesto a no parar hasta el consultorio de Antonio Suárez.

Al fondo, una puerta negra. Quizá mi imaginación le agrega una solidez de bóveda bancada; siempre me ha parecido inexpugnable, y ahora, al dar los últimos pasos, me di cuenta de lo reconfortante que hubiera sido encontrarla cerrada. Nada más cómodo que volver a mi consultorio. Pero la puerta estaba entreabierta. Lo que al principio del pasillo me hubiese parecido un milagro al final me pareció un espanto. ¿Tenía las agallas de irrumpir en el consultorio de Suárez? Estaba a un portazo de lograr dos cosas: cancelarme para el puesto y terminar con la incertidumbre. Nunca antes había tenido una oportunidad tan clara de violar nuestro severo código de privacidad. En el fondo, más que de mi entereza, había que asombrarse de mi falta de opciones para complicarme la vida. Un empujón, un impulso y estaría del otro lado, en el arriesgue que me pareció tan deseable bajo la regadera. Me acerqué otro poco, un cable salía por la puerta; al fondo se oía una aspiradora, alguien hacía la limpieza. Decidí que el Maestro no estaba ahí.

Permanecí unos segundos junto al entrevero. El ruido cesó, escuché una voz. ¿Suárez? Supongo que actué de un modo inexplicable, pues al recordar ese momento son otras las circunstancias que me vienen a la mente, otras imágenes, como si hubiera estado en un quicio, protegién-